

XIV.

Cuando Daniel no se encontraba ya allí, Jorge, sin confesárselo, respiró con más libertad. Hallábase sólo con su amor, solo con Juana, parecíale que era á un tiempo su amante y su hermano, ahora que no tenía ya á nadie que velase por ella. Disfrutó de un delicado placer, no yendo sin perder instante á echarse á sus plantas; pasó dos días vedándose el ir á verla, soñó las primeras palabras que le había de dirigir y las primeras miradas con que ella le acogería.

La entrevista fué contenida á la vez que llena de encanto. Ambos eran pasto de un delicioso encogimiento, que les llevó, durante diez largos minutos, á decirse cosas sin la menor substancia, mas después sus corazones se abrieron á la expansión.

Todo quedó concertado en aquella entrevista. Juana, que iba á terminar el luto, quiso posponer todavía su unión, hasta pasados muchos meses. Jorge se mostró obediente. Sintióse muy satisfecho cuando la joven le hubo manifestado que carecía de

fortuna, pues en modo alguno habría podido aceptar el dinero de Lorin.

¡Cuán lejos de su memoria se hallaba entonces Daniel! Hablaron de él un instante, como se habla del amigo lejano, cuyo rostro tal vez no se vuelva á ver. Tenían el egoísmo de la felicidad; entregábanse en cuerpo y alma al presente y al porvenir.

Durante tres semanas vivieron en aquel éxtasis de ternura. Amábanse, y esto les bastaba. Ni siquiera se detenían á pensar en las circunstancias que les habían acercado el uno al otro.

Un día, Juana, estremecida de amor, habló á Jorge de las cartas que éste le había escrito. Fué un recuerdo del pasado que la sorprendió en plena charla amorosa.

Jorge, ante sus preguntas, sintió angustiado el corazón. La imagen de Daniel se alzó bruscamente en su presencia. No contestó y sintió no haber interrogado á su amigo acerca de aquella correspondencia que por tal modo hacía estremecer á la joven.

Insistió ésta, trájole á la memoria ciertos pasajes y hasta citó frases enteras. A Jorge le asaltó una sospecha. Preguntóle si había guardado las cartas. Ella se sonrió y se las trajo.

—Aquí las tiene usted,—le dijo.—Usted es tanto lo que me ama hoy, que sin duda ya no se acuerda de haberme amado en otro tiempo... Escuche usted.

Y leyó una página henchida de pasión. Jorge le dirigía tan extraviado mirar, que le excitaba casi

á la risa. Entonces tomó las cartas y las recorrió febrilmente. Lo comprendió todo.

Daniel había huido, sin parar mientes siquiera en que dejaba en pos de sí las pruebas de su amor intenso y de su abnegación. En la desesperada crisis que había sufrido, una sola idea le embargaba, la de la partida, de la partida inmediata.

Jorge leía por último en el fondo de aquel corazón. En sus manos tenía el secreto entero, y no quiso quedar por debajo de tan sublime valor. Su amor le gritaba en el pecho, pero le impuso silencio.

Cogió la mano de Juana.

—Estamos en la persuasión de que nos amamos, y no somos más que unos niños,—le dijo.—Esta es la hora en que no hemos dedicado un pensamiento al hombre que nos ha dado el uno al otro. Lloro lejos de nosotros, mientras que nos hallamos aquí pasando tiernas horas en nuestro egoísmo de amantes. Fuerza es que lo sepa usted todo, Juana, ya que no debemos tenernos por malos corazones. Esas cartas acaban de demostrarme la verdad... Escuche usted la historia de Daniel.

Y, con toda sencillez, contó á Juana lo que su amigo le había confiado. Refirióle aquella vida generosa, de sacrificio toda y de ternura. Mostróle á Daniel de rodillas ante el lecho de su madre. Y entonces la joven prorrumpió en amargo llanto. Tuvo íntimo convencimiento de sus crueldades, veía en el pasado á aquel guardián que la había sostenido en cada hora peligrosa de su vida.

Pero Jorge continuaba hablando, refiriendo el

prolongado martirio. Extendíase en cada detalle y ponía al descubierto las miserias y los sufrimientos de aquel pobre sér. Componían doce años de soledad y de adoración, mientras que Juana se encontraba en el convento; constituían la abnegación entera y completa, el empleo en casa de Tellier, la celosa vigilancia en medio de las fiebres del mundo, los paseos en el Mesnil-Rouge. A medida que hablaba, él mismo se daba cuenta, se lo explicaba todo y adivinaba lo que su amigo le había ocultado. Su voz se hacía temblorosa y los ojos se le humedecían.

Jorge por último habló de las cartas. Confesó la verdad, pintó el amor de Daniel y puso de manifiesto ante Juana aquel corazón ensangrentado. ¡Y eran ellos los que sin saberlo, lo habían destrozado! En recompensa de su abnegación, acababan de imponerle el mayor de los sacrificios.

Cuando hubo terminado, Jorge se sintió más tranquilo. Levantó la cabeza y miró á la joven, que se había puesto en pie, temblorosa.

Hacía memoria de la última conversación que había tenido con Daniel, y le causaban espanto los sufrimientos que había debido de ocasionarle. Acababa de ver, como una exhalación, la vida de aquel desgraciado, sentía inmensa compasión, una necesidad apremiante de hacerse perdonar.

—No podemos permitir semejante crimen,—exclamó con apresurado acento.—Fuerza es que nosotros sepamos sacrificarnos también. Seríamos unos

desgraciados, si nuestra felicidad costase tantas lágrimas.

—¿Qué quiere usted hacer?—preguntó Jorge.

—Lo que usted haría en mi lugar. Dícteme usted mismo mi deber.

Jorge la miró de frente, y con dulce voz:

—Vamos en busca de Daniel,—dijo.

Por la noche recibió una carta de su amigo, que le colmó de inquietud. Aquella carta febril parecía á un último adiós. Daniel se encontraba, decía, ligeramente indispuerto; procuraba reír, y los gemidos se le escapaban, no obstante todo su valor.

Juana y Jorge, asustados, apresuraron su partida.

Daniel, al dejar á París, comprendió que sus sufrimientos habían dado fin. Durante el viaje se apoderó de él una gran postración. Ya no padecía, y hasta sus pensamientos flotaban en una especie de crepúsculo vago y reparador; todo su sér quedaba como aniquilado, debilitábase y se abandonaba gozoso á aquel adormecimiento de los sentidos.

Al llegar á Saint-Henri, alquiló su antigua habitación, aquella en que su pobre corazón había manado tanta sangre. Abrió la ventana y dirigió la vista al mar. El mar, por un extraño efecto, le pareció empequeñecido; era porque sentía dentro de sí un vacío más inmenso aun. Escuchó el rumor de las olas y parecíale que azotaban los peñascos con estampidos de truenos; la pasión no rugía ya en sus venas y oía la oleada en el gran silencio de su sér.

Reanudó sus paseos por la costa; mas ahora parecía que se arrastraba, porque la respiración le faltaba á cada paso. Quedóse maravillado al encontrar cambiados los horizontes; á veces creía caminar por una comarca lejana y desconocida. No era ya aquel ardoroso corazón que enviaba sus gemidos á los vientos de alta mar, ya no mandaba la febril agitación de sus angustias á la inmensidad azul, y el espacio infinito veíase velado por inmensa bruma.

Muy pronto se halló imposibilitado de salir. Permanecía á la ventana días enteros con la vista fija en el mar. Volvió de nuevo á prendarse de él; mirábalo con apasionamiento y sabía que aceleraba su muerte, pues su sordo mugido repercutíale en el pecho hasta hacerle llorar. Después sentía un alivio y se anonadaba hasta perderse en el infinito azul, el infinito de los mares y el infinito del cielo. Aquella inmensa pureza sin mancha llenaba de encanto sus delicadezas de enfermo. Nada hería sus debilitados ojos en aquella celeste inmensidad, que parecía abrir paso á la otra vida. Allá en lo más hondo creía ver á veces ráfagas de deslumbradora claridad, en que habría querido anonadarse.

Tuvo por último que guardar cama. Ya no tenía á la vista sino el descolorido techo. Durante el día entero miraba aquel enyesado duro y frío. Parecíale haber muerto ya y que se hallaba tendido bajo la tierra.

Entonces se entristeció. En el silencio de la soledad, los recuerdos se despertaron. Acordóse de

la vida, cerró los ojos y toda su existencia se fué presentando á su imaginación. Desde aquel instante ni siquiera distinguió ya el techo, y miró dentro de sí mismo. Fueron aquéllas, horas sin amargura, pues no halló remordimiento alguno que pesara sobre su conciencia.

Sus ensueños le presentaban siempre los sonrientes rostros de Jorge y de Juana. Aquel espectáculo, lejos de devolverle sus fiebres, le consolaba y le encantaba. Decíase que su felicidad era obra suya; íbase de este mundo, dichoso por haber unido para siempre á los dos únicos seres á quienes amaba en el mundo.

En las clarividencias de la muerte, su misión le aparecía tal como debía de haber sido. Seguro estaba de haber dado pleno cumplimiento al mandato de la muerta. En aquella hora postrera sentía que hasta su mismo amor debía de formar parte de su tarea. No habría velado sobre Juana con tan celoso cuidado, si no la hubiese querido. Al morir, la señora de Rionne había debido de prever el porvenir: decíase que Daniel amaría á su hija, que la guardaría como un amante, y que, cuando necesario fuere, sabría sacrificarse y morir.

En una ocasión una duda se apoderó de Daniel, y á punto estuvo de recaer en sus angustias. Preguntóse si la muerta no había ahogado una idea secreta, si no le había dado á Juana por esposa. Tal vez no daba cumplimiento á sus últimos deseos al morir, casando á su querida hija con otro que no

fuese él. El corazón le empezó á latir y sintió que la vida tornaba á su sér.

Mas no tardó en comprender que aquél era un pensamiento indigno, un postrer grito de la pasión. Sonrió melancólicamente, recordando su fealdad y repitiéndose que él había nacido para amar siempre y no ser amado jamás. Había obrado con cordura, había tenido valor y sensatez.

Y la paz y el silencio restablecíanse en su interior; moría grande y victorioso.

Acercábase el fin; una mañana apoderóse de él la agonía. Una anciana vecina fué á sentarse junto á la cama, para cerrarle los ojos cuando espirara.

Daniel no exhalaba ni una queja. Continuaba oyendo el murmullo de las olas; decíase que el mar lloraba por él, y aquel consuelo le era dulce.

Al abrir los ojos para contemplar la luz por la postrimera vez, distinguió ante su lecho á Jorge y á Juana, que le miraban con los ojos arrasados de lágrimas. No le causó extrañeza el verlos allí. Sonrió y les dijo con voz débil:

—¡Cuán buenos sois al venir á verme! No me atrevía á esperar que pudiese despedirme de vosotros... Ya veis, no quería molestaros ni entristeceros en vuestra alegría... Pero me siento muy dichoso con veros y con poder daros las gracias.

Juana le contemplaba con dolorosa emoción. Miraba aquel semblante pálido hermosado por la muerte. Parecíale que irradiaba la luz en torno á aquella despejada frente; hundíanse los ojos en limpidez purísima y los labios sonreían á lo divino. Y la

joven pensaba que jamás había visto aquel rostro, en que se leían nobleza y pasión tan elevadas.

—Daniel,—le preguntó,—¿por qué nos ha engañado usted?

El moribundo se incorporó y miró á sus amigos con ademán de reproche.

—No diga usted eso, Juana,—contestó,—no la puedo comprender.

—Lo sabemos todo. No queremos que usted se muera; venimos á traerle la felicidad.

—Pues si todo lo saben ustedes, no echen á perder mi obra.

Y Daniel volvió á dejar caer la cabeza sobre la almohada. La poca sangre que le quedaba acababa de subir á sus mejillas. Hasta en el dintel de la muerte continuaba siendo el niño esquivo, de abnegaciones ocultas y de mudas adoraciones.

Jorge se adelantó.

—Escucha, amigo mío,—dijo;—por compasión, no me dejes remordimientos. Hemos vivido dieciocho años juntos, hemos llegado á ser hermanos. No quiero que padezcas... Ya lo ves, estoy sereno.

—Yo lo estoy más que tú, mi buen Jorge,—repuso Daniel sonriendo.—Voy á morir. Todo ha terminado... Siento ahora que hayais venido, pues veo que no vais á ser razonables. Decís que lo sabéis todo, y no sabéis nada; no sabéis que muero dichoso y tranquilo, que estoy muy contento de acabar así, contemplándoos á los dos... Yo soy quien os pide perdón, pues he tenido mis momentos de debilidad.

Y como Jorge llorase al oír aquellas palabras, cogióle la mano, y con voz más baja aún:

—La querrás mucho, ¿verdad?—le dijo.—Por mi parte, voyme á reposar, pues estoy muy cansado.

Miró entonces á Juana con inefable dulzura.

—¿Lo sabe usted todo?—prosiguió.—Entonces sabe usted que su madre era una santa y que yo he adorado su memoria postrado de rodillas. Era usted muy pequeñita cuando dejó este mundo y usted jugaba sobre la alfombra. Lo recuerdo muy bien. Fuí yo quien la cogió á usted en mis brazos, y no lloró usted... púsose á sonreír...

—Perdóneme usted,—murmuró Juana en medio de sus lágrimas;—he sido ignorante y cruel.

—Nada tengo que perdonar á usted; no tengo sino que darle gracias por los goces que he disfrutado amándola... Mi agradecimiento no ha podido igualar la buena obra de su madre. Usted es la que ha sido buena para conmigo tolerando á un pobre sér como yo. ¡Qué de largas y dulces horas he pasado mirándola á usted! No se lo puede usted imaginar. Me ha recompensado usted con creces; no experimento pena alguna; muero tranquilo y feliz.

Su mirada se hacía indecisa y extingúíasele la voz. Iba á espirar. Miraba extasiado á Juana y se anadaba en una postración postrera...

—¡Pero no puede usted morir así! ¡Yo le amo!—gritó con locura la joven.

Daniel se despertó bruscamente. Se le dilataron los ojos, se incorporó, y con voz de espanto:

—No diga usted eso,—repuso,—me hace usted

mal, es usted mala. ¡Tenga usted piedad!

—¡Le amo á usted, le amo á usted!—repetía Juana con mayor fuerza.

—No, no, eso no puede ser; usted miente. Cree usted que sufro y quiere consolarme. Repito á usted que soy feliz... Ya ve usted que me estoy ahogando... No debía usted haberme dicho eso.

Se calmó y volvió á sonreír. Un blanco resplandor parecía irradiar de su rostro. Alargó sus descarnados brazos.

—Venid,—dijo,—acercaos á mí... Dadme vuestras manos, lo quiero así.

Y cuando Juana y Jorge estuvieron delante de él, tomóles las manos y las unió la una con la otra. Túvolas por tal modo estrechadas, hasta que el sacrificio quedó consumado, hasta que la muerte le tuvo por suyo.

Y, al espirar, en el umbral de lo infinito, oyó, en el fondo de la deslumbradora claridad en que penetraba, una conocida voz, una regocijada voz, que le decía: «La casas con un hombre digno de ella, tu misión queda cumplida... Ven á mí.»

FIN

Esbozos Parisinos
